pensaba, no razonaba, pero se acordaba de su pasada existencia dentro del estrecho círculo de las atenciones á su marido y á su casa, involuntariamente comparaba aquella existencia con la presente, y los sombríos cuadros del sotabanco se alejaban gradualmente de ella. Los jefes de las barracas la apreciaban por su comprensión rápida y su aptitud para el trabajo, todos la trataban con dulzura, viendo un humano sér en su persona; y aquello, que era nuevo para ella, la animaba...

En cierta ocasión, durante el servicio de la noche, la gruesa doctora quiso enterarse de su pasada vida. Matrena se la explicó francamente y con placer, pero se calló de pronto y sonrió:

—¿Por qué te ríes?—preguntóle la doctora.

—Es que... que vivía bastante mal, y podréis creerlo, mi buena señora, no lo comprendía... ¡Hasta la fecha no había podido comprender cuán mala era mi existencia!

Después de esta revista de su pasado, un sentimiento extraño, respecto á su esposo, nació en el alma de Matrena. Continuaba amándole tanto como antes, con amor ciego de esposa, pero empezaba á parecerle que su marido era su deudor. En ocasiones, hablando con él, tomaba tono de protectora, porque á menudo hacía que tuviera lástima de él con sus discursos inquietos. Pero siempre abrigaba cierta duda respecto á la posibilidad de vivir una

pacífica y tranquila existencia con su esposo, aun cuando creyera que Grigory se haría razonable y que la angustia huiría de él.

Fatalmente debían acercarse el uno al otro, y, jóvenes ambos, aptos para el trabajo, fuertes, hubieran comenzado una vida de pobreza semicontentos, en lugar de una vida obscura y miserable, enteramente ocupada en la persecución de los cinco céntimos para esto ó para lo otro; mas tal fin se lo evitó lo que Grichka llamaba su inquietud en el corazón, que, por su naturaleza misma, era irreconciliable con la monotonía de la existencia.

Cierto lúgubre día de Septiembre entró un furgón en el patio de las barracas, y un empleado sacó de él á un muchachuelo, todo cubierto de pintura, huesoso, amarillento, y que apenas respiraba.

—¡Pinzón!—exclamó Orlof apenado.—¡Ah, Dios mío! ¡Pinzón! ¿Me reconoces?

—Te... te reconozco,—dijo el Pinzón esforzándose y levantando la vista sobre Orlof, que caminaba junto á la camilla en que le conducían.

—Veamos... alegre pájaro... ¿Cómo caíste?—preguntó Orlof.

Estaba singularmente conmovido al ver á aquel muchachuelo torturado por el dolor.

—¿Por qué este chiquillo?

Esta pregunta resumía sus impresiones, é hizo que su cabeza se moviera tristemente.

—Tengo frío,—dijo el Pinzón cuando le colocaron en el catre, y empezaron á despojarle de sus harapos, llenos de colores.

—Espera un poco... que en seguida te llevaremos al agua caliente, —prometió Orlof. —Y te curaremos.

El Pinzón movió su pobre cabecita y murmuró:

—No me curaréis... Tiito Grigory... acerca más... tu oído. Yo hurté el acordeón... Está en el cobertizo de madera... Anteayer le toqué por vez primera después de robarle... ¡Oh, qué hermoso es! Le oculté... y entonces empecé á sentir dolor en el vientre... Sin duda por el pecado... Le colgué de la pared, bajo la escalera, y le oculté perfectamente con madera... Devuélvele, tío Grigory... El acordeonista tenía una hermana... que le reclamó. Devuélvele. De...

Gimió y empezó á agitarse en las convulsiones.

Se hizo cuanto se pudo, mas el cuerpecillo flaco, extenuado, no tenía mucha vida, y por la noche le llevaba Grigory á la sala de los muertos.

Orlof sintióse asido por la cruel certeza de su impotencia ante la muerte, que no podía comprender. De manera que él, Orlof, podía verse un día como aquel muchacho... Y todo habría concluído... Sintió miedo, y con aquel sentimiento le invadió la sensación de soledad.

—¡Si se pudiera hablar de esto con un hombre inteligente!...

Más de una vez trató de entablar conversación con cualesquiera de los estudiantes, pero allí nadie tenía tiempo para filosofar, y sus tentativas no tuvieron éxito.

Fuéle preciso ir en busca de su esposa y hablar con ella. Sombrío y triste, se presentó ante ella, y le dijo:

—Senka Pinzón ha muerto.

—¡Muerto!... ¡Dios reciba su alma!—dijo Matrena en forma de oración.

—Mucho lo siento,—suspiró Grigory.

—Era bien terrible.

—Ha muerto, todo está dicho. Y lástima es que haya muerto. A veces le miré, pensando: «¡Si le tomáramos en calidad de aprendiz!» Era huérfano y habríase acostumbrado á ocupar el sitio de un hijo entre nosotros... Porque... no tenemos hijos... No... Tú eres robusta, y no pares. Pariste una vez, y aquello concluyó. Si hubiésemos tenido pequeñuelos, quizá hubiéramos vivido menos fastidiados. Porque... ¡vive y trabaja! ¿Para qué? Para alimen-

tarme y alimentarte. ¿Y á qué alimentarnos? Para trabajar... Sale de esto una deducción absurda... Mientras que habiendo hijos... es otra cosa. Sí...

Dijo esto con la cabeza inclinada y en voz baja, en tono de tristeza y descontento. Matrena estaba ante él y le escuchaba, palideciendo gradualmente.

—Ambos somos robustos... y no tenemos hijos. ¿Por qué? ¡Ah, sí! Uno se pone á pensar... y á beber...

—¡Mientes!—dijo Matrena en voz alta y firme.—¡Mientes! No trates de decirme esas viles frases... ¿Oyes? ¡No lo intentes! Bebes... para sentirte indiferente, porque no te puedes contener, y mi esterilidad nada tiene que ver con esto. ¡Mientes, Grichka!

Él estaba aturdido. Se recostó en el respaldo de la silla, miró á su mujer, y no la reconoció. Nunca la había visto tan furiosa, nunca le miró ella con ojos tan coléricos, ni le había hallado con tal fuerza.

—Sigue, sigue, —profirió Grigory con voz provocadora, crispadas las manos en el asiento de la silla. —Sigue, habla un poco más.

—Sí, te hablaré. No te lo hubiera dicho, mas no quiero sufrir que me reproches de tal modo. ¿No te doy un hijo? ¡Ni te le daré! ¡No puedo!...

Se oyó un sollozo en su grito.

—¡No chilles!—advirtió el marido.

—Porque no tengo hijos ¿verdad? Pues bien,

acuérdate, Grichka, de tu modo de pegarme. ¿Cuántos golpes me diste en los costados?... ¡Cuenta! ¿Cuánto me inquietaste y atormentaste? ¿Sabes tan sólo qué cantidad de sangre hiciéronme perder tus brutalidades? ¡Tú mataste á tus hijos!... ¡Y ahora me lo reprochas! ¡Todo te permitiría, todo te lo perdonaría, todo, mas no palabras como las que oí. ¡Las recordaré hasta en la hora de mi muerte! ¿Es que realmente no te crees que es culpa tuya, que me deslomaste? ¿Te figuras que yo no soy como el resto de las mujeres, que no quiero hijos? ¡Ah, cuántas noches pasé rogando al Señor que en mis entrañas pudiera escapar un hijo de tus manos asesinas! Si veía á un niño extraño, me llenaba de amargura y de piedad por mí misma. ¡Si hubiera sido mío, Reina de los Cielos!,.. Al mismo Senka, ¡cuántas veces le acaricié á escondidas! ¿Qué soy, Dios mío? ¡Estéril!...

Empezaba á sofocarse. Las palabras salían de su boca sin sentido ni ilación.

Todo su rostro estaba lleno de manchas, temblaba y se arañaba el cuello, porque en su garganta se agolpaban los sollozos. Grigory, pálido y aplastado, miraba á aquella mujer desconocida. Se asustaba... temía que de repente se colgara de su cuello y le estrangulara. Comprendía que su mujer era enton-

ces doble fuerte que él, por lo que no se levantaba y la pegaba, cual hubiéralo hecho si no hubiese comprendido que su esposa era muy otra que de costumbre.

—¡Me llegaste al alma, Grigory! ¡Enorme es tu pecado! Sufría... me callaba... te amo, he aquí por qué... mas no puedo permitirte ese reproche. ¡No tengo fuerza para ello... esposo muy amado! ¡Y qué por tus palabras seas tres veces maldi...

—¡Silencio! — aulló Grichka, enseñando ya los dientes.

—¡Eh!... ¡Vosotros!... ¡Basta de escándalo! ¿Habéis olvidado en qué sitio os halláis? ¡Malos diablos!

Grigory tenía niebla ante los ojos; no distinguió al que estaba ante la puerta y les hablaba en voz de bajo; profirió horribles juramentos, rechazó al hombre que hablara, y echó á correr hacia el campo.

Y Matrena, después de permanecer un instante en medio del aposento, alargó los brazos hacia adelante, cual si estuviera ciega, se acercó á su cama y, exhalando un hondo gemido, se dejó caer sobre ella.

Mucho tiempo estuvo sin dormir. Una pregunta, que se repetía ansiosamente, la espantaba.

—¿Qué va á ocurrir ahora? ¿Qué va á ocurrir ahora?

Temía responderse, aunque la contestación se le apareciese á cada momento en forma de visión un marido ebrio y bestialmente feroz. Pero sentía pena al dejar de soñar con una existencia tranquila, afectuosa, amante, y rechazaba la amenaza del presentimiento. Tenía la certeza de que si aquello sucedía, si Grigory se entregaba de nuevo á la bebida, no podría vivir en compañía de su esposo. Le había visto muy otro, también ella era distinta, y la pasada vida despertaba en ella el disgusto y el terror, sentimientos nuevos, desconocidos hasta entonces. Pero era mujer, y, al final, se atribuyó todas las culpas en la disputa con su marido.

—¿Cómo sucedió todo?... ¡Dios mío!... ¡Me salí de mis casillas!

Una hora larga más dedicó á estos pensamientos contradictorios, atormentadores.

Llegó el día. Matrena prestó servicio maquinalmente, provocando admiración general con la pesadez de sus movimientos, con su rostro lúgubre y con sus ojos sin brillo alguno.

Relevada, volvió á su aposento, y lo primero que hizo fué mirar por la ventana. Luego se apartó de ella, y exhalando un penoso suspiro, tomó asiento ante la mesa, siempre ocupada su mente por la pregunta:

—¿Qué va á ocurrir ahora?

Su corazón latía al repetirse interiormente aquellas palabras.

Durante largo tiempo estuvo sentada, presa de una pesada soñolencia; temblaba á cada ruido que partía del corredor, alzándose de la silla, se asomaba por la puerta...

Mas, cuando por fin se abrió esta puerta, cuando entró Grigory, ya no tembló ni se alzó, porque experimentó una sensación tal como si las nubes de otoño, desprendiéndose de pronto, hubieran caído sobre ella con su peso todo.

Grigory se detuvo en el umbral de aquella puerta, tiró al suelo su gorra y se dirigió hacia la mujer. Se hallaba empapado en agua. Su cara estaba encarnada, empañados sus ojos, y sus labios sonreían torpemente. Avanzaba, y Matrena sentía el *glu-glu* de sus botas húmedas (Durante la noche y por la mañana había llovido). Estaba lastimoso, mas ella no se le representaba de aquel modo.

—¡Hete aquí por fin!—díjole con dulzura.

Grigory balanceó neciamente su cabeza y preguntó:

—¿Quieres que me arrodille ante tí?

Ella callaba.

—¿No quieres? Bueno, cosa tuya es... Desde que anoche me marché de aquí estoy pensando: ¿Soy culpable ante ella? Y me parece que sí. Por esto te digo: ¿Quieres que me arrodille?

Ella callaba, aspirando el olor á aguardiente que emanaba de él, y un sentimiento amargo roía su alma.

—He aquí lo que te digo: ¡No hagas gestos! ¡Aprovecha mi tranquilidad!—advertía Grigory, levantando la voz.—¿Me perdonas?

—Estás ebrio,—suspiró Matrena.—Preferible es que te acuestes.

—¡Mentira! no estoy ebrio, sino fatigado. Desde que salí de aquí he caminado, pensando... Sí, vieja mía, he pensado mucho!... ¡Eh, tú, guárdate!...

La amenazó con el dedo sonriendo con malicia.

—¿Por qué callas?

—No puedo hablar contigo.

—¿No puedes? ¿Por qué?

De golpe se encendió completamente; su voz se hizo más firme.

—Ayer gritaste ante mí... Yo te pido perdón... ¡Compréndelo bien!

Dijo esto del modo más siniestro; hinchábase su nariz y estremecíanse sus labios. Matrena ya sabía lo que aquello significaba, y el pasado resucitó en imágenes claras ante ella.

—¡Comprendo!—dijo duramente.—Veo bien que otra vez serás una fiera.

—¡Qué volveré á ser una fiera! No es ese el asunto. He dicho: ¿Me perdonas? Y no pienses que nece-

site tu perdón. Me puedo pasar sin él... mas quiero que me perdones. ¿Has comprendido?

—Déjame en paz, Grigory,—exclamó la mujer angustiada, retirándose de él.

—¿Qué me vaya?—rió él con malicia.—¡Irme y dejarte en libertad. ¡Ah, no! ¡eso no! ¿Y eso? ¿Conocías eso?

Asióla por los hombros, tiró brutalmente de ella y acercó á su rostro un cuchillo,—trozo de hierro corto, fuerte y agudo.—Di.

—¡Ah, si ya me hubieses degollado!...—dijo Matrena en un profundo suspiro.

Y, habiéndose arrancado de entre sus uñas, se apartó, nuevamente, de él.

El también se alejó de ella, sorprendido, no por sus palabras, sino por su acento. Más de una vez se las había oído pronunciar, pero jamás de aquella manera. Y el hecho de que, no temiendo al cuchillo, se hubiese alejado de él, centuplicó su estupor y su extravío. Algunos momentos antes érale fácil golpearla, pero entonces, ni podía ni quería. Casi espantado por la indiferencia con que ella oyera su amenaza, dejó el cuchillo sobre la mesa, y preguntó á su mujer con sorda rabia:

—¡Demonio! ¿Qué es lo que quieres aún?

—¡No necesito nada... nada!—gritó Matrena medio ahogada.—Pero ¿qué haces? ¿Viniste para matarme? ¡Mátame!

Grigory la miró en silencio, no sabiendo qué hacer ni viendo nada claro en sus embrollados sentimientos. Había entrado allí con la intención bien definida de vencer á su mujer. El día antes, mientras el altercado, ella había sido la más fuerte, él lo sentía, y aquello le rebajaba á sus propios ojos. Era absolutamente preciso que se le sometiera, no comprendía por qué, pero sabía que era preciso. Naturaleza ardiente, había sentido y pensando en últimas veinticuatro horas, mas, hombre de pensamiento obscuro, no había sabido desembrollarse en aquel caos de los sentimientos que su mujer le suscitara con una acusación fundada y formulada con atrevimiento. Comprendía que aquello era una rebelión contra él, y había traído un cuchillo para espantar á su mujer; hubiérala matado si ella no se hubiese defendido tan pasivamente contra su deseo de subyugarla. Pero he aquí que ante él estaba indefensa, aplastada por la angustia, y sin embargo más fuerte que él. Aquello era humillante, y aquella humillación obró sobre él.

—¡Escucha!—dijo.—¡Escucha sin hacer muecas! Sabes que voy de buenas, pues si quisiera podía darte un golpe, y al momento pondría punto á la historia. Ello es sencillísimo...

Sintió que no decía cuanto era menester, y se calló. Matrena no se movía. Con una rapidez febril re-

pasaba su vida con su esposo, y repetíase la pregunta dolorosa:

—¿Qué ocurrirá?

—¡Motria!—dijo de pronto y en tono dulce Grigory, con la mano apoyada sobre la mesa é inclinado hacia su esposa.—¿Es culpa mía que todo vaya como va? No, la culpa es de mi alma, que tengo tan enferma!...

Meneó la cabeza en todos sentidos, y murmuró:

—¡Tengo el alma tan enferma!... ¡Estoy tan estrecho en la tierra!... ¿Vivir se llama esto? Admitamos que los enfermos del cólera sean mi sostén. Unos se morirán, sanarán otros, y yo he de continuar viviendo. ¿Viviendo cómo? Esto no es vida. Todo lo comprendo, sólo que me es difícil esplicar que no quiero vivir de este modo... ni cómo quiero vivir. ¡No sé! Ellos están cuidados, son objeto de toda clase de atenciones... yo estoy bueno, pero si mi alma me hace daño, ¿quiere decir esto que valgo menos que ellos? Porque yo estoy peor que un enfermo del cólera, tengo costras en el corazón... ¡Y tú gritas ante mí! ¿Piensas que soy una fiera? ¿Un borracho, y no más? ¡Qué bestia eres!

Hablaba dulcemente y de modo razonable, pero ella oía mal su palabra, absorta en la severa revista del pasado.

—Callas...—seguía Grichka, escuchando algo nuevo y fuerte que crecía en él.—¿Y por qué callas? ¿Qué quieres?

—¡Nada quiero de tí!—exclamó Matrena.—¿Por qué me atormentas, pues? ¿Qué necesitas?

—¿Qué necesito? Necesito... por así decir...

Mas Orlof sintió que no podía decir lo que necesitaba, que no podría explicarlo de manera que todo pareciese claro para él y para ella. Comprendió que entre ambos se había formado algo que ninguna palabra podría destruir.

Y de repente se encendió en él una brusca rabia salvaje. En un ímpetu asestó un puñetazo en la nuca de Matrena, y aulló de modo feroz:

—¿Qué es lo que haces, hechicera? ¿Qué comedia representas? ¡Te mataré!

Obligada por el golpe, la mujer dió en la mesa con el rostro; pero inmediatamente se afirmó sobre los pies, fijó en su marido una mirada de odio y dijo firmemente y en voz baja esta sencilla palabra:

—¡Pega!

—¡Silencio!

—¡Pega!

—¡Ah, diablo!

—No, Grigory, ya basta. No quiero más de eso...

—¡Silencio!

—No te permitiré que te burles de mí ni que me pisotees.

El rechinó los dientes y retrocedió, quizá para golpear más cómodamente.

Pero en aquel momento se abrió la puerta, y el doctor Vastchenko apareció en el umbral.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estáis? ¿Qué hacéis?

Su rostro era severo y parecía sorprendido... Orlof no se confundió de modo alguno al verle, y hasta le saludó y dijo:

—Esto es una *desinfección* entre marido y mujer.

Y sonrió convulsivamente.

—¿Por qué no fuiste á prestar servicio?—gritó con viveza el médico, irritado por aquello.

Grichka se encogió de hombros y declaró con calma:

—Estaba ocupado... en mis asuntos personales...

—¿Sí? ¿Y quién promovió un escándalo ayer? ¿Quién?

—Nosotros...

—¿Vosotros? Muy bien. Os conducís como en vuestra casa... os marcháis de aquí sin permiso...

—No somos esclavos, porque...

—¡Silencio! Habéis organizado aquí una taberna... ¡Animal! ¡Voy á haceros saber dónde os halláis!

Una audacia salvaje, un deseo apasionado de destrozarlo todo, de escapar de aquella inquietud que pesaba sobre su alma, invadió á Grichka con su ola cálida. Le pareció que al momento iba á hacer algo extraordinario y á libertar á su alma de los lazos

que la retorcían. Se estremeció, sintió un pequeño frío agradable, se revolvió, en una especie de ligero movimiento de gato, hacia el doctor, y dijo:

—No vale la pena de charlar. ¡Sé dónde estoy! ¡Estoy en el matadero!

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

El doctor, estupefacto, se inclinó hacia él.

Grichka comprendió que había pronunciado una palabra insensata, pero aquello, en vez de refrescarle, le excitó más aun.

—Mas, como esto seguirá, ya probaréis... Matrena, prepara tus cosas...

—No, amigo mío. Espera, vas á responderme,—pronunció el doctor con calma siniestra.—He de hacerte ver, canalla, que...

Grichka le miró fijamente y tornó á hablar, era como si habiendo descendido de una altura, á cada paso respirase más libremente.

—Andrei Stepanovitch, no gritéis, no os atolondréis... ¡Pensáis que porque hay el cólera podéis disponer de mí como os convenga!... ¡Sueño inútil!... Cuidáis á los enfermos, pero vuestros cuidados no les sirven. Y si dije el matadero, ciertamente que pronuncié una vana palabra, que quise bromear... Mas, á pesar de esto, no me atolondréis con vuestros gritos.

—¡No, espera!—dijo el doctor tranquilamente.—Voy á darte una lección... ¡Eh, venid por aquí!

En el corredor había muchas personas... Grichka cerró los ojos y apretó los dientes...

—No tengo miedo... y si necesitáis darme una lección, para serviros puedo decir aún...

—Di.

—Iré á la ciudad y gritaré: «¡Amigos! ¿Sabéis cómo se combate el cólera?»

—¡Cómo!

El doctor abrió los ojos cuanto pudo.

—Y entonces haremos aquí una desinfección... por medio de una iluminación.

—¿Qué es lo que dices? ¡Llévete el diablo!—exclamó sordamente el doctor.

La cólera sucedía en él á la sorpresa.

—¿Qué es lo que chocheas, necio?

«Necio» repercutió como un eco en todo el sér de Grichka. Comprendió que el juicio era justo, y aun se enfureció más.

—¿Qué digo? ¡Muy bien lo sé! dijo, y sus miradas tuvieron brillo salvaje.—Ahora, comprendo que para nosotros todo es igual siempre, y que hacemos mal en oponernos á nuestros sentimientos... ¡Vístete, Matrena!

—No iré contigo,—dijo ella firmemente.

El doctor les miraba con ojos redondos, frotándose la frente sin comprender.

—¡Tú, hombre ebrio, loco! ¿Sabes lo qué haces?

Grichka no cedía, no podía ceder. Y respondiendo al doctor, dijo irónicamente:

—¿Lo sabéis vos, por vuestra parte? ¿Qué es lo que hacéis vosotros? ¡La desinfección!... ¡Ja, ja! Cuidáis á los enfermos... y en la estrechez de la vida mueren los sanos... ¡Matrena, te romperé la cabeza! ¡Ven!...

—No iré contigo.

Estaba pálida y su inmóvilidad no era natural, pero sus ojos miraban al marido fija y firmemente. No obstante sus heroicas bravatas, Grichka se volvió hacia ella, inclinó la cabeza y se calló.

—¡Tfu!—escupió el doctor,—¡Ni el diablo comprendería nada de esto! Tú... ¡Vete! Vete, y da gracias á Dios, por haberte librado de las esposas... Debí hacerte pasar por el correccional... ¡idiota! ¡Vete!

Grigory miró al doctor, y sin decir una palabra, volvió á inclinar la cabeza. Mejor se habría sentido si le hubiera pegado ó metido fuego. Pero el doctor, que era un buen hombre, veía que el zapatero era casi irresponsable.

—¡Por última vez te lo digo! ¿Vienes?—preguntó Grichka á su esposa. Su acento sombrío.

—¡No, no iré!—respondió ella.

Y se inclinó, cual si esperase un golpe.

Grichka movió la mano.

—Y bien... ¡que el diablo se os lleve á todos, por

muchos que seáis!... ¡Y á mí, si necesito de vosotros!

—Veamos, imbécil,—empezó el doctor, quien se proponía hacerle entrar en razón.

—¡No me aturdáis!—gritó Grichka.—Bueno, maldita hembra, ¡me voy! Pero necesario es creer que nos veremos en otra ocasión. Y si nos volvemos á ver, te ocurrirá una desgracia... ¡No lo pongas en duda!

Y Orlof se encaminó hacia la puerta.

—¡Adiós... trágico!—dijo burlonamente el doctor.

Grigory se detuvo, clavó en el doctor sus ojos brillantes y angustiados y declaró en voz contenida y baja:

—Obraréis bien dejándome... ¡No toquéis de nuevo el resorte!...

Bajó sin tocar á nadie... La cosa concluyó bastante bien.

Alzó del suelo su gorro, se lo puso, movió sus hombros cual si se estremeciera, y se marchó sin mirar á su mujer.

El doctor miraba curiosamente á Matrena. Esta se hallaba ante él, pálida, con el rostro como insensible.

El médico indicó por medio de un movimiento de cabeza el sitio por donde Orlof había partido, y le preguntó:

—¿Qué tiene?

—No sé...

—¡Hum!... ¿Y ahora, dónde va?

—¡A emborracharse!—dijo firmemente Orlova.

El doctor arqueó las cejas y partió.

La mujer se acercó á la ventana. De la barraca se alejaba hacia la ciudad, ante el crepúsculo vesperticio, la silueta de un hombre, solo en aquella inmensa llanura gris, y húmeda...

...El rostro de Matrena palideció más todavía; volvió hacia el extremo donde estaban las imágenes, arrodillóse y se puso á orar en voz baja; se ahogaba en el murmurio apasionado de su oración, se frotaba el pecho y la garganta con manos temblorosas...

Visitaba un día la escuela de artes y oficios de N... Mi *cicerone* era amigo mío y uno de los fundadores de la institución. Me acompañaba en mi visita y refería:

—Como observáis, podemos felicitarnos. Nuestra creación se desarrolla maravillosamente. El personal educador está perfectamente elegido. En el taller de zapateros y zapateras, la maestra es una simple zapatera, es decir, una gentil mujercita,

apetitosísima, la pícara, pero de conducta intachable. ¡Con qué saber enseña su oficio, qué cariñosamente se porta con las aprendizas! ¡Es admirable! Una obrera preciosa... Trabaja por doce rublos y la casa, y es el sostén de dos huérfanos, á quienes mantiene con sus módicos recursos. Os advierto que es una persona interesantísima.

Elogiaba con tal calor á la zapatera, que por fin sentí deseos de conocerla.

Ello se arregló pronto, y un día me contó la triste historia de su vida aquella mujer, en quien el lector hubiera conocido á Matrena Orlof.

En la primera época de su separación, Orlof no la dejaba en paz. Ebrio iba á su casa, escandalizaba, la pegaba sin compasión. Ella lo sufría.

Cuando se cerró el hospital, la doctora propuso á Matrena una colocación en aquella escuela y protección contra su marido. Las cosas salieron bien, y Matrena empezó á vivir una existencia de calma y de trabajo; aprendió á leer y á escribir; tomó, para educarles, á dos huérfanos del asilo, y empezó á trabajar, contenta de sí misma, recordando con tristeza y espanto su pasado. Hoy está con toda su alma consagrada á sus hijos adoptivos, comprende claramente el sentido de su actividad, se entrega á él con inteligencia, merece de las buenas cabezas de la escuela el interés que ellos le dedican. Pero tose con tos seca, en sus mejillas arde un color rojo

siniestro, y sus ojos grises mucha tristeza ocultan.

Grichka no se ocupa de su mujer; hace ya tres años que no la molesta. Se le ve algunas veces en N... pero ni la punta de su nariz muestra á Motria.

También pude hablarle. Halléle en una tabernucha de la ciudad, y en dos ó tres entrevistas nos hicimos amigos. Me repitió la historia que habíame contado su mujer, luego quedó un instante pensativo, y agregó:

—Y he aquí, Máximo Sawateich, he aquí que algo me levantó y me precipitó. Sin embargo, no llevé á cabo ni un acto de heroísmo. Aun ahora tengo deseos de hacer algo que me distinga... Convertir en polvo á la tierra, ó reunir una cuadrilla de amigos y acabar con los judios... O algo que pueda ponerme encima de los demás, para escupir sobre ellos desde una altura, y exclamar:—¡Reptiles! ¿Para qué y como vivís? ¡Sois rateros, hipócritas, he ahí todo! Y en seguida precipitarme cabeza abajo... ¡y en mil pedazos! ¡Ah, sí, el diablo me lleve! ¡me fastidio! Pensaba, después de verme libre de Matrechka: ¡Ahora, Grinia nada libremente! Pero la charca es poco profunda, y he quedado sobre un banco... ¡No me secaré, no, sobre la arena! Sabré mostrarme! ¿Cómo? Sépalo el diablo. ¿Mi mujer? ¡Qué se vaya al demonio! ¿Acaso hombres como yo

necesitan hembras? ¿Para qué... cuando ellas tiran de todas partes á la vez? ¡Nací con la inquietud en el corazón, y mi destino es ser vagabundo! Es la mejor posición del mundo: se está libre... y estrecho, sin embargo. He andado, circulé por todas partes!.. ¡Ningún consuelo! ¿Bebo? ¿Y cómo nó? También el aguardiente aprieta el corazón... Y el corazón... arde bastante... Todo me disgusta: ciudades, pueblos, hombres de toda especie... ¡Tfu! ¿De veras no se podría inventar nada mejor que esto? Los unos sobre los otros... ¡Deseos se tendrían de estrangularles á todos! ¡La vida! ¡Prudencia del diablo!

La pesada puerta de la taberna en que me hallaba sentado ante Orlof se abría á cada instante, y al hacerlo, exhalaba pequeños gritos que se hubieran llamado voluptuosos. Y el interior de la taberna evocaba la visión de una inmensa boca, que, lentamente pero de un modo cierto, íbase tragando á los desgraciados.

LOS EXHOMBRES